

Joint Mao
occu
mpado

Le Monde

Publié par Robert Laffont, 11, rue des Saussaies, Paris 8^e. Directeur: Jacques Chirac

0.80 F

Abonnement: 100 F par an (12 numéros).
Télégrammes: 320722
Téléphone: 43 53 53
N. S. B. - 1973

PUTSCH MILITAIRE AU CHILI

sombre
de latine

- La mort du président Salvador Allende se confirme
- La junte va nommer de nouveaux ministres
- Le Parlement est mis en vacance
- Les relations diplomatiques sont rompues avec Cuba

Le général Pinochet a déclaré qu'il avait pris le pouvoir à la suite d'un coup d'Etat militaire. Il a promis de respecter les libertés individuelles et de poursuivre la politique de développement économique de son prédécesseur. Le général a également déclaré qu'il avait nommé un gouvernement provisoire et qu'il avait suspendu le Parlement. Le général a également déclaré qu'il avait rompu les relations diplomatiques avec Cuba.

Le général Pinochet a déclaré qu'il avait pris le pouvoir à la suite d'un coup d'Etat militaire. Il a promis de respecter les libertés individuelles et de poursuivre la politique de développement économique de son prédécesseur. Le général a également déclaré qu'il avait nommé un gouvernement provisoire et qu'il avait suspendu le Parlement. Le général a également déclaré qu'il avait rompu les relations diplomatiques avec Cuba.

Le général Pinochet a déclaré qu'il avait pris le pouvoir à la suite d'un coup d'Etat militaire. Il a promis de respecter les libertés individuelles et de poursuivre la politique de développement économique de son prédécesseur. Le général a également déclaré qu'il avait nommé un gouvernement provisoire et qu'il avait suspendu le Parlement. Le général a également déclaré qu'il avait rompu les relations diplomatiques avec Cuba.

Le général Pinochet a déclaré qu'il avait pris le pouvoir à la suite d'un coup d'Etat militaire. Il a promis de respecter les libertés individuelles et de poursuivre la politique de développement économique de son prédécesseur. Le général a également déclaré qu'il avait nommé un gouvernement provisoire et qu'il avait suspendu le Parlement. Le général a également déclaré qu'il avait rompu les relations diplomatiques avec Cuba.

Drames

U...
Le général Pinochet a déclaré qu'il avait pris le pouvoir à la suite d'un coup d'Etat militaire. Il a promis de respecter les libertés individuelles et de poursuivre la politique de développement économique de son prédécesseur. Le général a également déclaré qu'il avait nommé un gouvernement provisoire et qu'il avait suspendu le Parlement. Le général a également déclaré qu'il avait rompu les relations diplomatiques avec Cuba.

En finir à tout prix...

Par MARTIN HARTMANN

Le général Pinochet a déclaré qu'il avait pris le pouvoir à la suite d'un coup d'Etat militaire. Il a promis de respecter les libertés individuelles et de poursuivre la politique de développement économique de son prédécesseur. Le général a également déclaré qu'il avait nommé un gouvernement provisoire et qu'il avait suspendu le Parlement. Le général a également déclaré qu'il avait rompu les relations diplomatiques avec Cuba.

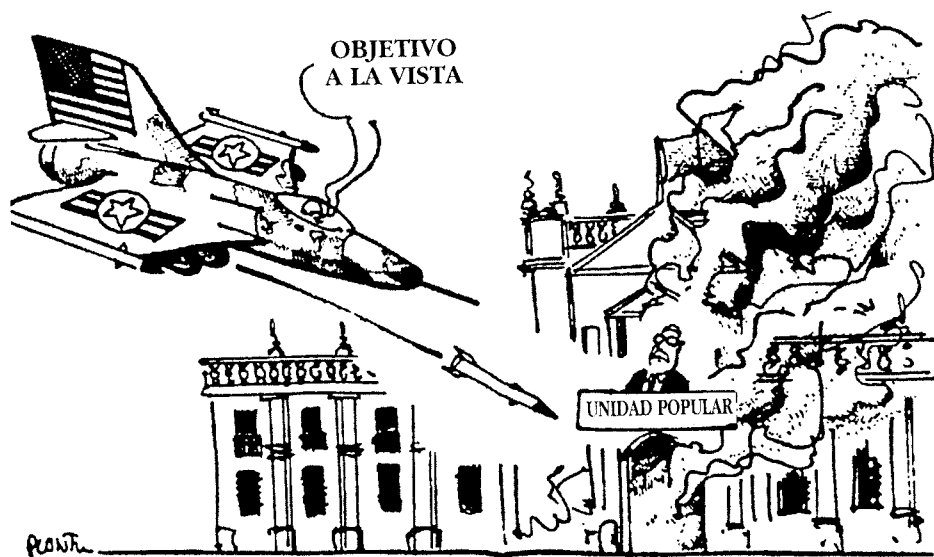
Le général Pinochet a déclaré qu'il avait pris le pouvoir à la suite d'un coup d'Etat militaire. Il a promis de respecter les libertés individuelles et de poursuivre la politique de développement économique de son prédécesseur. Le général a également déclaré qu'il avait nommé un gouvernement provisoire et qu'il avait suspendu le Parlement. Le général a également déclaré qu'il avait rompu les relations diplomatiques avec Cuba.

AU JOUR LE JOUR

De l'espoir et de la liberté

Le général Pinochet a déclaré qu'il avait pris le pouvoir à la suite d'un coup d'Etat militaire. Il a promis de respecter les libertés individuelles et de poursuivre la politique de développement économique de son prédécesseur. Le général a également déclaré qu'il avait nommé un gouvernement provisoire et qu'il avait suspendu le Parlement. Le général a également déclaré qu'il avait rompu les relations diplomatiques avec Cuba.

Le général Pinochet a déclaré qu'il avait pris le pouvoir à la suite d'un coup d'Etat militaire. Il a promis de respecter les libertés individuelles et de poursuivre la politique de développement économique de son prédécesseur. Le général a également déclaré qu'il avait nommé un gouvernement provisoire et qu'il avait suspendu le Parlement. Le général a également déclaré qu'il avait rompu les relations diplomatiques avec Cuba.



Dibujo de Plantu

11 de septiembre de 1973
El último combate de Salvador Allende

A continuación viviremos la evolución hora a hora, casi minuto a minuto, de la jornada del 11 de septiembre de 1973 en el transcurso de la cual el golpe de Estado ha tomado una violencia inusitada. Este texto está sacado del guión escrito por Pierre Kalfon y el realizador Patricio Henríquez, después de una larga investigación, para una película producida por las televisiones francesa y del Quebec con motivo del 25 aniversario del acontecimiento.

Martes 11 de septiembre de 1973, Santiago

6 h 00: En Valparaíso las fuerzas navales que habían salido el día anterior para reunirse en alta mar con los navíos de guerra de los Estados Unidos, dentro del marco de la operación bautizada con el nombre de UNITAS, regresaron por la noche y se sublevaron, ocupando la ciudad. Luis Gutiérrez, gobernador de este gran puerto chileno, informa a sus superiores en Santiago.

6 h 40: En su residencia de la calle Tomás Moro, en un barrio residencial de Santiago, el Presidente Salvador Allende recibió una llamada urgente del General Urrutia, segundo jefe de carabineros (policía militarizada). No es la primera intentona de golpe de Estado que sufre. ¿Será esta vez la última? Da por teléfono una serie de instrucciones a los hombres del GAP¹⁶ (su

¹⁶ GAP: «Grupo de Amigos Personales». Es el nombre que, de broma, Allende había dado a los militantes de izquierda (MIR y PS) que después de su victoria electoral, en 1970, se habían encargado de su seguridad personal.

servicio de seguridad) y se propone incorporarse lo antes posible a su puesto, en el Palacio de la Moneda, situado en el centro de la ciudad. El General (golpista) Brady, al mando de la guarnición de Santiago, haciéndose el sorprendido, le garantizó su lealtad y le comunicó que iba a enviar tropas a Valparaíso para hacer frente a la revuelta.

7 h 23: En una pequeña caravana de cinco coches, dos de ellos blindados, Allende se dirige a toda velocidad hacia su Cuartel General Presidencial. Las calles de la capital están desiertas, todavía hace fresco en esta primavera austral y nada parece salirse de lo normal, pero el Presidente está nervioso. Todavía ignora la magnitud del movimiento pero está resuelto a ser, una vez más, el escudo de la legalidad chilena, a intentar, una vez más, salvar los logros del Gobierno de Unidad Popular que él dirige desde hace tres años.

Para resolver el conflicto que le enfrenta al Parlamento desde hace tres meses, para responder a la absurda acusación de haber violado la Constitución, para rebajar la tensión extrema que la derecha, apoyada por la Democracia Cristiana, somete al país en un clima de cuasi guerra civil, está decidido a jugarse el todo por el todo, proponiendo a la nación la convocatoria de un referéndum con categoría de plebiscito para revisar precisamente la susodicha Constitución. Es un todo o nada el que había previsto anunciar este 11 de septiembre, pero que el propio General Pinochet, Comandante en Jefe del Ejército, le sugiere retrasarlo al día siguiente.

7 h 30: Allende llega a la Moneda, donde ya han sido desplegadas numerosas fuerzas de policía en uniforme de combate y donde los tanques de carabineros toman posiciones para proteger el austero edificio de piedra gris de estilo colonial español.

Allende está acompañado por sus guardias de seguridad y por dos de sus consejeros, el periodista Augusto Olivares (*el Perro*) y el politólogo español Joan Garcés, que han pasado la noche en casa del Presidente.

Una hora después se les unirán otros colaboradores del Presidente, como Miria Contreras (*la Payita*), su fiel secretaria, Carlos Jorquera (*El Negro*), su incondicional agregado de prensa y el Dr. Jirón, ex Ministro de Sanidad. El General Sepúlveda, jefe de carabineros, recibe instrucciones del Presidente y abandona el palacio.

7 h 40: Allende, acompañado por Joan Garcés en su despacho, se cuelga del teléfono. Ninguno de los tres jefes del Ejército se pone. Sus sospechas van en aumento; «Creo que esta vez están todos de acuerdo».

Metralleta al hombro, los hombres del GAP no le pierden de vista, en silencio, a una distancia prudencial. Conectados a tres emisoras de izquierda, se instalan tres teléfonos en el despacho del Presidente, preparados para ser utilizados en cualquier momento.

7 h 55: Primera alocución de Allende

Allende decide informar a la opinión pública, y para ello elige la cadena a la que pertenece Radio Corporación. Es la primera de las cinco veces que podrá emitir esa mañana. Muy concisamente, da cuenta de la situación tal como la conoce el Presidente a partir de informaciones del General Brady:

«[...] Un sector de la Marina parece haberse sublevado, en Valparaíso, contra el Gobierno legítimo, salido de la voluntad popular y bajo la protección de la ley [...]. En Santiago todo parece normal [...], estoy convencido de que los soldados cumplirán con su deber [...]. Que los trabajadores se mantengan alerta en sus puestos de trabajo, a la espera de las instrucciones que les pueda dar el camarada Presidente.»

El «camarada Presidente», como le gusta que le llamen, intenta evaluar la importancia de la sublevación militar. Hasta ese momento siempre ha podido contar con un sector leal de las Fuerzas Armadas. ¿Será así también esta vez?

El Coronel Valenzuela, Subsecretario de Defensa llega en ese momento e informa de que el Ministerio de Defensa ha sido ocupado por el Ejército, algo que considera insólito y preocupante.

8 h 15: Segunda alocución de Allende

Esta vez Allende se dirige directamente a los «trabajadores de Chile», recordándoles que:

«Mantenerse en alerta en sus puestos de trabajo [...]. ¡Haré respetar la voluntad popular que me ha confiado la dirección del país hasta el 4 de noviembre de 1976!»

Mientras habla, llega uno de sus ayudantes de campo, el

Comandante Sánchez, un piloto cuya misión consiste en transmitir la oferta de las Fuerzas Aéreas de poner a disposición del Presidente un avión, un DC 6, para que abandone el país. La mordaz respuesta de Allende no se hace esperar: *«Decídle a vuestro General que un Presidente de Chile no buye en un avión, prefiero morir».*

De este modo se descubre que las Fuerzas Aéreas hacen causa común con la Marina, pero todavía no se conoce con precisión la posición del Ejército, pieza capital del dispositivo militar. Al General Pinochet, ascendido a Comandante en Jefe el 24 de agosto –apenas 18 días– se le considera como un «constitucionalista», francmasón como Allende, quien está convencido de que Pinochet no puede traicionarle hasta el punto de realizar el siguiente comentario ante Jorquera y Jirón: *«¡Pobre Pinochet, deben haberle detenido!».* Pero, ¿dónde está?

Mientras las emisoras de izquierda –las que no han sido silenciadas– emiten las alocuciones de Allende y dan a conocer un comunicado de la CUT, la poderosa central sindical, hacen un llamamiento a la resistencia y piden a los obreros que ocupen las fábricas, las emisoras de derecha solo emiten música militar y Radio Agricultura, principal emisora de oposición, concede la palabra al líder de «Patria y Libertad» (extrema derecha).

8 h 30: Misterio resuelto, Pinochet es un traidor. Él, que se declaraba «leal hasta las últimas consecuencias», es el primer firmante del comunicado que una «Junta Militar» difunde por radio a todo el país:

«Crisis económica, social y moral. Incapacidad del Gobierno para atajar el caos[...] grupos armados, entrenados por los partidos de Unidad Popular, conducen al país a la guerra civil, etc. El Presidente debe entregar sus «altas funciones» a las Fuerzas Armadas cuya «misión histórica» es la de liberar la patria del «yugo marxista»[...]»

Es Joan Garcés quien resume para Allende este comunicado emitido por Radio Agricultura, dándole el nombre de los firmantes: Pinochet, Leigh (aviación) y dos oficiales que, aunque de menor rango jerárquico, se han arrogado el mando: Merino (Marina) y Mendoza (carabineros). Allende se calla, se queda un momento en silencio y murmura *«Tres traidores... tres traidores»*;;eclando con sus dedos la mesa de su despacho, coge el teléfono conectado a una radio y pronuncia su tercera alocución de la mañana. Comprende que ha llegado la hora de la verdad.

8 h 45: Tercera alocución de Allende

«Camaradas que estáis escuchando, la situación es crítica [...] En este trágico momento quiero recordaros lo que decía en 1971[...]»

Retomando casi palabra por palabra el pasaje más emocionante, el más personal, el más dramáticamente político también del gran discurso pronunciado dos años antes, en diciembre de 1971, a propósito de la visita a Chile de Fidel Castro, en un Estadio nacional inmenso y soleado, repleto de partidarios entusiastas, repite algunas frases que, con el tiempo, cobran un carácter premonitorio:

«No tengo vocación de mártir, soy un combatiente social [...] Pero que aquellos que quieran dar marcha atrás a la Historia no se equivoquen [...]. No daré un paso atrás [...]. Solo abandonaré la Moneda cuando haya cumplido la tarea que el pueblo me ha encomendado. No tengo otra elección. Solamente acribillándome a balazos se me podrá impedir llevar a cabo el programa del pueblo.»

¿Existe en estas palabras una cierta fascinación por el sacrificio o quizás una aceptación realista de que la muerte forma parte del juego político, de que es un componente más cuando las contradicciones llegan al límite? Allende, que tiene un concepto muy elevado de la función presidencial, ha mencionado a menudo esta posibilidad, citando como ejemplo a uno de sus ilustres predecesores, el Presidente Balmaceda, que se suicidó en 1891, después de ser obligado a dimitir. Balmaceda había intentado embargar al capital inglés la explotación sin control del nitrato chileno, pero fracasó. Si solo quedase esta salida, una muerte heroica, sería la imagen que a él, Allende, le gustaría dejar a la posteridad, la imagen de un hombre responsable, capaz de llegar hasta las últimas consecuencias en su compromiso social.

8 h 55: Alrededor de la Moneda se oyen ruidos de motores: son los tanques de los carabineros, apostados delante del palacio para defenderlo, que se retiran. Allende se asoma a una ventana del primer piso para comprobar la situación. Echa una rápida ojeada a izquierda y derecha. Unas cuantas docenas de personas que le ven, le aplauden. Allende les responde con un breve saludo y vuelve a su despacho.

9 h 00: Durante el transcurso de esta peligrosa mañana, Allende encuentra un momento para encerrarse en su despacho con sus ayudantes militares de los tres Ejércitos. Estos le aconsejan

que se rinda, el Comandante Sánchez (Ejército del Aire) le recuerda la proposición de abandonar el país en un avión militar, pero Allende le responde que ni hablar. Su decisión está tomada e ilustrando su determinación con un gesto macabro, coloca su fusil ametrallador AK entre sus rodillas, apuntando a su mentón: *«Esta es de la única forma en que saldré...!»*

Por una y otra parte se aceleran los dispositivos militares. Aviones de caza Hawker-Hunter realizan un vuelo rasante produciendo un ruido estrepitoso: es a la vez una manera de impresionar y de tomar referencias. Mientras tanto, a doscientos metros de allí, las tropas de la Academia de Infantería comienzan a avanzar hacia la Moneda; se oyen disparos contra los soldados. Unos francotiradores, partidarios de Allende, hacen fuego, apostados en unos edificios cuadrados y sin gracia de los Ministerios y del Banco de Estado que dominan el Palacio Presidencial. Los soldados responden disparando a las ventanas y al tejado.

En la Moneda el material y los efectivos son irrisorios, unos quince hombres del GAP, pertrechados con unos fusiles, unas pistolas, tres bazokas y algunas granadas de mano. Además son los únicos que saben utilizarlos.

También han acudido al lado de Allende unos jóvenes universitarios incondicionales, los que el Presidente llamaba «mi GAP intelectual» y que, durante tres años, en la sombra, han analizado con talento el estado de opinión pública: Claudio Jimeno, Jaime Barrios, Eduardo Paredes, actual jefe de Seguridad Nacional... También están allí varios secretarios y agregados de prensa, así como las dos hijas menores del Presidente, Isabel y Beatriz, «Tati», casada con un cubano y embarazada de siete meses, una de las estrechas colaboradoras de su padre.

También fueron llamados todos los médicos vinculados a Allende, pero en este pequeño círculo, raros son los que saben empuñar un arma.

Allende —con jersey y chaqueta escocesa— se colocó el casco militar que le ofreció el Capitán de carabineros, José Muñoz, y se puso al hombro un fusil ametrallador de uno de sus guardaespaldas, pero se negó a colocarse el chaleco antibalas «para estar al mismo nivel que todos». Está decidido a presentar batalla y coge el teléfono como si fuera un micro.

9 h 03: Cuarta alocución de Allende

«En este momento pasan los aviones, es posible que nos tiren bombas, pero que sepan que existen en este país hombres que saben mantener sus compromisos [...]. Yo mantendré los míos como un Presidente que conoce la dignidad del cargo que le ha sido entregado en unas elecciones libres y democráticas.

Pagaré con mi vida la defensa de los principios tan queridos por mi patria [...]. Vergüenza a quienes han infringido la doctrina de las Fuerzas Armadas [...].»

9 h 05: En la Moneda la tensión aumenta. Garcés, el consejero español del Presidente, no consigue creerse que todo el Ejército esté en el bando de los sublevados.

– ¿De verdad que no cuenta con ningún regimiento? –pregunta.

– Con ninguno, debe –admitir Allende.

Las noticias llegan a trozos, dependiendo de las conversaciones telefónicas que cada uno puede efectuar. Los partidos políticos de la Unidad Popular parecen estar desconcertados como el más común de los chilenos. Desde hace semanas todos están en guardia contra *«el golpe»*, el golpe de Estado que se veía venir, pero ninguno se ha preparado realmente para hacerle frente.

El Partido Socialista, dentro del cual una corriente proclamaba que el enfrentamiento era inevitable, envió a uno de sus dirigentes, Hernán del Canto, para pedir instrucciones al Presidente. La contestación de Allende, transmitida por Garcés, resume el punto flaco de la Unidad Popular que durante tres años se ha mantenido alejada de la política del Gobierno, no dudando en tirar cada cual por su lado.

– Siempre habéis dicho que sabíais lo que teníais que hacer, –respondió Allende– Hacedlo pues hoy. Yo sí sé cuál es mi deber.

9 h 10: Allende se entera de que todas las emisoras de radio de izquierda han sido ocupadas por los militares, pero que Radio Magallanes (controlada por el Partido Comunista) continúa emitiendo. Comprende que ha llegado el momento de dirigir, antes de que sea demasiado tarde, un último mensaje al pueblo chileno.

Quinta y última alocución de Allende (1ª parte)

«Seguramente será la última vez que pueda dirigirme a vosotros. Las Fuerzas Aéreas han bombardeado los repetidores de Radio Portales y de Radio Corporación. Mis palabras no serán de amargura, sino de decepción. Que sean un castigo moral para los que han traicionado su juramento: los soldados de Chile, los Comandantes en Jefe, el Almirante Merino que se ha auto-designado Comandante de la flota, el tal Mendoza, General infame que hasta ayer mismo manifestaba su lealtad y su fidelidad al Gobierno, y que también se ha autoproclamado Director General de Carabineros. Ante esta situación solo diré una cosa a los trabajadores. ¡No dimitiré!

Situado en un cruce de caminos histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Tengo la certeza de que la semilla que hemos llevado a la conciencia de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente.

Trabajadores de mi patria, os doy las gracias por la lealtad que habéis depositado en un hombre que solo ha sido el intérprete de las grandes aspiraciones de justicia, que ha comprometido su palabra en respetar la Constitución y la ley, y que la ha cumplido. En este instante definitivo, el último en el que puedo conectar con vosotros, me gustaría que sacarais una lección: el capital extranjero, el imperialismo, unidos a la reacción han creado las condiciones para que las Fuerzas Armadas rompan su tradición [...]

Allende continúa su última alocución, la transforma en un testamento público. Sentado ante su mesa, en su despacho, con las ventanas cerradas. A su alrededor, en silencio, embargados por la emoción, una veintena de colaboradores escuchan el último mensaje que el Presidente dirige *«a la juventud, a las mujeres, a los campesinos, a los obreros, a los profesionales liberales que no han seguido las consignas de sabotaje de este sector social que hoy espera reconquistar el poder para continuar defendiendo sus prebendas y sus privilegios»*. La situación es demasiado grave para que pida a sus seguidores que acudan en ayuda del Gobierno, realizando una marcha sobre la Moneda. *«El pueblo debe defenderse pero no sacrificarse»*, precisa.

«Radio Magallanes va a ser condenada al silencio y el tono tranquilo de mi voz ya no os llegará. Poco importa eso, vosotros la seguiréis oyendo, yo estaré, en todo caso, cerca de vosotros. El recuerdo que guardéis de mí será el de un hombre digno, leal a mi patria.

Trabajadores de mi patria [...] otros hombres superarán este momento gris y amargo donde la traición intenta imponerse. Mirad hacia adelante, sabiendo que, más temprano que tarde, abriréis de nuevo las grandes avenidas por donde camina el hombre libre para construir una sociedad mejor [...]

9 h 20: Varios Ministros y ex Ministros consiguieron llegar hasta la Moneda, Almeyda (Asuntos Exteriores), Briones y Vergara (Interior), Flores (Secretario General del Gobierno), los hermanos José y Jaime Toha.

Durante la alocución de Allende, los tanques del Ejército se han acercado, apuntando sus cañones hacia el palacio de la Moneda. Las emisoras de la cadena «autorizada» anuncian que la aviación ha empezado a bombardear la residencia presidencial y que a las 11 horas, si Allende no se rinde, le tocará el turno a la Moneda. El Almirante Carvajal solo confirma a José Toha, ex Ministro de Defensa, cuando intenta negociar por teléfono: solo se puede garantizar la vida de Allende y la de su familia si acepta dejar el país después de dimitir.

Allende, una vez más, rehúsa el ofrecimiento.

9 h 30: Como un general, se pone él mismo al frente de la defensa del palacio. Da permiso para que dejen el palacio sus tres ayudantes militares de campo, así como dos generales de carabineros. Lo mismo hace con los amigos y colaboradores, sobre todo con los que no saben manejar un arma de fuego. La mayoría se queda.

9 h 45: En compañía de su agregado de prensa, su viejo amigo el *Negro* Jorquera, acude a inspeccionar rápidamente los puestos de combate. Pide que se tengan provisiones de agua y que se compruebe si hay víveres, se reparten algunas máscaras de gas y que se organice el viejo edificio como si de una fortaleza asediada se tratara. Ordena a sus colaboradores más próximos que destruyan los documentos más comprometedores y las agendas con direcciones para que otras personas no sufran una probable represión. En el patio de invierno una insólita fogata crepita durante un instante.

10 h 00: Los tanques apostados ante la Moneda han comenzado a disparar. A intervalos, los cañonazos hacen tambalearse las paredes y las lámparas del techo. Desde la Moneda algunos defensores han respondido lanzando con poca eficacia algunas

bazocas. Se espera que la infantería asalte el palacio. Allende abrió una ventana del primer piso que da a la plaza, y boca abajo, con el casco enfundado, dispara con su fusil ametrallador.

Su secretaria particular, *la Payita* (Miria Contreras) tiene miedo de que le ocurra algo, ruega al doctor Jirón que haga entrar en razones a Allende, aconsejándole que su deber es el de permanecer con vida. Jirón llega gateando al lugar donde se encuentra Allende, le agarra por los tobillos y le arrastra hacia atrás, lo que le vale un taco de Allende, pero el Presidente termina por ceder. Se da cuenta de que no es un lugar para mujeres y que es preciso que salgan antes de que sea demasiado tarde.

10 h 30: Comunicado militar difundido por todas las emisoras de radio ocupadas por las Fuerzas Armadas.

«A las 10 h 30 se ha requerido la rendición de Salvador Allende y, ante la negativa, ha comenzado un ataque aéreo y terrestre contra la Moneda. Esta acción tiene por objeto evitar el derramamiento de sangre.»

10 h 45: Allende insiste en que salgan de la Moneda todas las mujeres –hay al menos diez– entre ellas sus dos hijas Beatriz (Tati) e Isabel. Ellas se niegan. Beatriz se resiste, antes de ceder, con el corazón compungido. No quiere dejar a su padre. Fuera los disparos se recrudecen. Allende les comenta que va a haber una pequeña tregua para que salgan y las acompaña en persona hasta una salida lateral del palacio que da a la calle de la Morandé.

10 h 47: Comunicado militar, transmitido por radio:

«Las mujeres de la Moneda tienen tres minutos para salir del palacio, porque el edificio va a ser bombardeado dentro de tres minutos exactamente.»

10 h 50: Media docena de mujeres salen del palacio de la Moneda y corren a refugiarse en los edificios colindantes. Pero la fiel Payita ha permanecido deliberadamente en su puesto, escondiéndose en el último momento, porque si hay que morir, prefiere hacerlo al lado del Presidente. Un cúmulo de circunstancias permitirá que se salve, convirtiéndose en testigo privilegiado del asalto.

10 h 55: Comunicado militar:

«El palacio de la Moneda deberá ser evacuado antes de las 11

h. Si no es así, será bombardeado por las Fuerzas Aéreas. Los trabajadores deberán permanecer en sus puestos de trabajo, con prohibición expresa de salir. En el supuesto de que infringieran esta orden, serán atacados por tierra y aire. Repetimos [...] todo acto de sabotaje será castigado al instante.»

11 h 05: El tiroteo continúa alrededor de la Moneda, a veces esporádicamente, intenso la mayoría de ellas. Los cañonazos de los tanques, ensordecedores, hacen tambalear el edificio, destrozando la histórica fachada.

11 h 10: Uno de los ayudantes de campo de Allende, que recibió la autorización de abandonar la Moneda, el Comandante Badiola (Infantería), se persona en el Ministerio de Defensa. Desde allí telefona al Palacio Presidencial para informar de que se ha concedido una prórroga de 15 minutos. De hecho el bombardeo aéreo se producirá a mediodía (después se sabrá que los aviones han ido a Concepción, a unos quinientos kilómetros de la capital a repostar combustible).

11 h 15: El intercambio de disparos ha cesado. La infantería se aleja del palacio para evitar ser alcanzada por las bombas del inminente bombardeo. Los que, en la Moneda, no participan en el combate han bajado al jardín de invierno de la planta baja para intentar protegerse. Allende, en el primer piso, cerca de su despacho, con algunos de sus colaboradores entre los que se encontraba el imprescindible periodista y consejero Augusto Olivares, también baja. Allende pide de nuevo a todos los que lo deseen, que se vayan. La mayoría se queda acompañándole. «Nuestro sitio está aquí», responde Arsenio Poupin, Subsecretario General del Gobierno, seguido por todos los presentes. Allende ordena a su consejero español Garcés que se vaya. «Alguien tiene que contar lo que ha pasado aquí, y tú puedes hacerlo.»

11 h 58: Comienza el bombardeo aéreo. Va a durar casi un cuarto de hora. El vuelo rasante de los Hawker-Hunter ya no tiene como objetivo atemorizar sino acertar.

Los primeros cohetes destrozan el techo de la sala del Consejo, produciéndose un incendio de espesas llamas que se propaga a las salas colindantes, destruyendo, entre otros, el famoso Salón rojo del protocolo, tantas veces fotografiado y filmado, así como el ala presidencial. Los colaboradores de

Allende descuelgan la proclamación de independencia de Chile de 1818 para protegerla de las llamas.

Después de la segunda pasada de los cazas, una columna de humo negro, visible a gran distancia, se eleva casi en vertical en este cielo gris de finales de invierno en Santiago. Muchos ven en esto un símbolo, el fin del sueño de la Unidad Popular.

(Una hora antes, otros cazas Hawker-Hunter han bombardeado la residencia privada de Allende, en la calle Tomás Moro, tomando como referencia un helicóptero situado verticalmente encima de la casa. La esposa de Allende, Hortensia Bussi, apenas tuvo tiempo de refugiarse unos minutos antes en casa de unos amigos.)

12 h 15: A continuación del bombardeo, se reanuda el tiroteo contra la Moneda, esta vez con bombas lacrimógenas. Entre el humo del incendio y las bombas, la atmósfera se hace irrespirable, los Ministros (Almeyda, Briones, Toha...) salen de sus refugios. Allende había ordenado que se abrieran todos los grifos para que el agua retrasara las consecuencias del incendio, pero el procedimiento es poco eficaz. Todos empapan sus pañuelos para protegerse la cara y los ojos, pero sin gran éxito.

12 h 20: Acurrucados en un rincón del gran comedor del primer piso, debajo de una mesa, Allende y varios de sus colaboradores mantienen una breve reunión. El Ministro Fernando Flores (Secretario General del Gobierno) insiste en que hay que pactar. El Presidente ruega a Daniel Vergara, Subsecretario de Interior, y a su secretario personal, Osvaldo Puccio, que acompañen a Flores. Allende aceptaría como último recurso que se forme sin él un Gobierno cívico militar con el compromiso formal de las Fuerzas Armadas de no tocar las conquistas políticas y sociales de la Unidad Popular y de no modificar la legislación, pero prohíbe terminantemente a Flores firmar lo que sea sin su autorización.

Después de un acuerdo telefónico con el Ministro de Defensa, Flores, Vergara y Puccio, izando bandera blanca, salen por la puerta lateral de la calle Morandé. Tan pronto como llegan al Ministerio se les detiene. Las órdenes del General Pinochet son claras: ¡rendición incondicional! Su estratagema, al aceptar acoger la delegación, era sencilla: tratar de hacer salir a Allende y capturarlo.

12 h 25: Diálogo captado en ese momento en una frecuencia de radio entre el General Pinochet, acuartelado a las afueras de Santiago, y el Vicealmirante Patricio Carvajal, situado en el centro de la ciudad. Cuando este último apunta que podría haber negociación con la Moneda, Pinochet responde:

–«De ninguna manera, muerto el perro se acabó la rabia, amigo.»

–«Vale. Rendición incondicional, y se le perdona la vida, si te parece.»

–«De acuerdo. Se le ofrece la posibilidad de salir del país.»

–«Se le saca del país... y el avión se estrella a continuación.»

–« Vale (Risas).»

12 h 30: En el momento en que la delegación dejaba la Moneda para ir a pactar, apareció Carlos Jorquera, descompuesto, casi incoherente, gritando: «Se mató el Perro Olivares¹⁷. El Perro Olivares se ha suicidado».

Carlos Jorquera y Augusto Olivares, excelentes periodistas, unidos por una amistad inquebrantable, eran inseparables. Habían jurado no sobrevivir el uno sin el otro: «Mi última bala será para ti, tu última bala será para mí». Pero Olivares no ha esperado, una fina percepción de la situación le ha hecho comprender antes que el resto que esta vez el fascismo iba a ganar, que la derecha más rencorosa iba a desencadenar una represión despiadada, su desesperación estaba ligada a las esperanzas puestas en esta revolución a la chilena. Desde hace tiempo sus amigos habían percibido cómo esta percepción deprimía al hombre de gruesos bigotes cuya corpulenta silueta se había convertido en parte integrante del paisaje familiar que rodeaba al Presidente.

Allende corre enseguida al lado de Olivares, junto con los médicos Soto y Jirón. «Nunca olvidaré el rostro angustiado y desolado de Allende al ver a su amigo del alma», dirá más tarde la *Payita* (Miría Contreras). Jorquera lloraba pero se repuso. «Mi pena no es nada comparada con la tuya –dijo Allende– Para mí era como un hermano».

12 h 30: Después de comprobar, desde lo alto del tejado del Ministerio de Defensa, las incursiones aéreas de los aviones sobre la Moneda, el General Javier Palacios pasa a la acción. Quince minutos después de los bombardeos pone en marcha los tanques apostados a doscientos metros; según las órdenes, su misión

¹⁷ En castellano en el texto original.

es la de entrar en el palacio y detener al Presidente. Necesitará una hora para conseguirlo.

12 h 45: Comunicado militar radiofónico:

«Se notifica que a partir de este momento se prohíbe toda circulación de personas por la calle. Se ordena a los directivos, empleados y obreros de las empresas ocupadas que conserven la calma más absoluta y se abstengan de efectuar todo acto de provocación contra las Fuerzas Armadas y de Orden Público. Toda acción de este tipo, todo acto de sabotaje, de violencia física contra civiles o de resistencia a la autoridad será reprimido sin piedad con intervenciones terrestres y aéreas como las efectuadas contra la Moneda y la residencia privada del Presidente.»

13 h 00: En la Moneda continúan los combates. Ráfagas de ametralladora hacen que los ocupantes tengan sus problemas para acercarse a las ventanas. En los pasillos el aire se hace irrespirable, las llamas se acercan, el incendio se propaga al ala oriental donde está situado el despacho del Presidente y ha provocado algunos cortes de electricidad, sumiendo en la oscuridad las instalaciones. El humo se extiende por todos sitios sin que se hayan disipado totalmente los gases lacrimógenos. Hay charcos de agua, sin embargo, los hombres del GAP y los de seguridad continúan disparando como pueden.

13 h 40: Toda resistencia parece en vano. Allende comprende que la lucha debe parar si quiere evitar la masacre de los que le rodean. A través de la línea directa que los servicios de policía mantienen todavía con la Moneda, comunican al inspector Soane, uno de los que siguen al lado de Allende, que, por acuerdo de los generales, se puede todavía conceder una tregua si todos salen con bandera blanca.

Con el casco todavía puesto, el Presidente convoca a todo el mundo en el primer piso, en la oscuridad de la galería adornada con los bustos de los Presidentes de Chile, cerca de la escalera que baja en círculo hacia la salida de incendios de la calle Morandé. En pocas palabras explica la situación: no hay salida, no quiere sacrificios inútiles. Les da las gracias a todos por su fidelidad y su valor y, a pesar de las prisas, solicita un minuto de silencio, incongruente en medio de la batalla, por Augusto Olivares.

13 h 50: Allende organiza la rendición. Será la *Payita* quien salga primero, seguida del doctor Soto y de Eduardo Paredes. La blu-

sa blanca de médico que se ha quitado el doctor Guijón servirá de bandera, colgada del mango de una escoba; él mismo, en tanto que Presidente, cerrará la marcha. A continuación sube al primer piso y estrecha la mano uno a uno. Emoción general.

13 h 55: Cuando el inspector de policía Garrido, destinado al servicio de Allende, entreabre la puerta de la calle Morandé, una lluvia de balas cae sobre ellos. Después, poco a poco, comienza la evacuación con los brazos en alto. En ese momento, se introducen por esa misma puerta los primeros soldados del General Palacios, suben al primer piso, empujando nerviosamente a culatazos a los últimos ocupantes hacia la salida.

13 h 58: El doctor Patricio Guijón había empezado a bajar cuando se le ocurrió llevarle a sus hijos al menos un recuerdo de esta memorable jornada. Subió para recoger una máscara de gas y pasa por delante de la puerta abierta del salón Independencia por donde se escapa la luz del día.

«En ese preciso instante –dice– vi, como en un relámpago, al Presidente sentado en un sofá dispararse una ráfaga con la metralleta que sostenía entre sus piernas. Lo vi más que oírlo. La sacudida casi levantó el cuerpo en el aire, y vi el cráneo volar en pedazos.»

Otro médico, Arturo Jirón, oyó también la detonación, demasiado cerca para que proviniera del exterior. Acude rápidamente y contempla también el horroroso espectáculo del Presidente abatido sobre su ametralladora. Junto a él, el doctor Guijón.

Jirón sale para informar de la trágica noticia a los camaradas que, uno a uno, zarandeados sin descanso por los militares, evacúan la Moneda.

14 h 10: En el primer piso, Guijón, electrizado por lo que acaba de ver, se queda sentado largo tiempo en el sofá, al lado de Allende. Oye el trajín, las órdenes, los tacos de los militares que han entrado en el edificio. Salir de la Moneda ya no tiene sentido y podría ser peligroso en estos momentos. Por otra parte, piensa, si los militares le ven cerca del arma, podrían dispararle, por lo que decide colocar la metralleta en el otro extremo del sofá.

«Tuve que permanecer así ocho o diez minutos, añade Guijón. Hasta que aparecieron los soldados [...]» Avisado un oficial, llega rápidamente, con una mano herida. Es el General Palacios, que pide a Guijón que le cuente lo que ha pasado, le hace colocar la metralleta en la posición en la que se encontraba antes

e insiste en saber si se trata de Allende. A Allende, conocido por su empaque, no es agradable verlo, incluso es un cuadro horrible. Fragmentos de masa encefálica han sido lanzados a todas partes, sobre la pared, sobre una tapicería de tipo Gobelins, sobre el suelo... El General ordena que pongan un biombo delante del cadáver y envía al Estado Mayor un lacónico mensaje: «Misión cumplida, Moneda ocupada, Presidente muerto».

14 h 30: Desde hace media hora, la mayoría de los que han salido de la Moneda con los brazos en alto están tumbados boca abajo, con las manos en la nuca. Al principio se les colocó frente a la pared, con los brazos y piernas separados, después se les alineó en el suelo, con las mejillas pegadas al asfalto, sin moverse. En ese momento un tanque se puso en movimiento, avanzó lentamente como si fuera a aplastarles, por fin se paró, a un paso de los prisioneros...

Entre los cuarenta supervivientes de la Moneda, solo los médicos y los miembros de la policía civil fueron puestos en libertad. Exceptuando tres miembros del GAP que, aprovechando la confusión general, consiguieron escaparse, todos los demás han «desaparecido», probablemente ejecutados, después de torturarlos. Los «políticos» fueron enviados a la isla Dawson, en el extremo sur de Chile, en condiciones climáticas muy duras.

15 h 00: Un coche blindado llega al diario *El Mercurio*. Lleva dos fotógrafos a la Moneda; los militares están interesados en que se vea bien que Allende se ha suicidado, pero en el momento en que el fotógrafo Juan Enrique Lira, acompañado por el General Palacios, es conducido donde se encontraba Allende, llegan otros militares con sus propios fotógrafos. Lira y su ayudante, Hernán Farias, obtienen también permiso para realizar un reportaje fotográfico del sitio y del ambiente de la Moneda, visto desde dentro¹⁸. El Palacio sigue en llamas aunque acaben de llegar los bomberos.

16 h 00: Se oye al General Leigh, Comandante de las Fuerzas Aéreas, captado en una frecuencia de radio militar, decir lo siguiente:

«Es necesario que las emisoras de radio repitan insistentemente que por cada miembro de las Fuerzas aéreas que muera en un atentado, sean cuales sean las circunstancias, fusilaremos

¹⁸ Por lo que sabemos, este reportaje no se ha publicado hasta ahora, y tampoco se ha autorizado ver las fotografías captadas por los militares.

inmediatamente a cinco prisioneros marxistas. Repito, fusilaremos a cinco».

16 h 15: Dos inspectores civiles de la brigada de homicidios, Julio Navarro y Pedro Espinoza examinan también el escenario de los acontecimientos. Para que no haya ninguna duda sobre su versión de la muerte de Allende, los militares prefirieron asesorarse de personal civil funcionario, cuyo informe será más creíble. Navarro mandó venir al fotógrafo del servicio encargado de tomar clichés de los cadáveres y de sus heridas.. Veintiséis fotografías en total. También toma nota de dos casquillos encontrados en el suelo, pero la investigación minuciosa no puede continuar porque se oyen unos inquietantes crujidos. Alarmados por este ruido los militares llaman a los bomberos, que advierten de la posibilidad de hundimiento del tejado y avisan de que es urgente evacuar las instalaciones.

16 h 15: Comunicado militar emitido por radio.

«Las personas que se citan a continuación tienen que presentarse hoy mismo antes de las 16 h 30 en el Ministerio de Defensa. Su incomparecencia significaría que las susodichas personas contravienen las disposiciones de la Junta de Comandantes en Jefe, ateniéndose a las consecuencias que se deriven de este hecho.»

Y sigue una lista de nombres...

16 h 45: En la Moneda el General Palacios ordena que cubran el cadáver de Allende con una manta de tipo artesanal con motivos indígenas, comprada en Ecuador durante un viaje presidencial, y que bajen la camilla por la escalera de la calle Morandé, más accesible. Unos bomberos echan una mano a los militares. La ambulancia que estaba esperando fuera, sale inmediatamente hacia el hospital militar de Santiago. Los bomberos, a los que no se ha dado ningún tipo de instrucciones, propagan la noticia de la muerte del Presidente.

Miércoles 12 de septiembre de 1973, Santiago

El toque de queda impuesto a la población desde las 18 horas del día anterior, se prorroga hasta el mediodía del jueves 13 de septiembre. Solo pueden circular los miembros de las Fuerzas Armadas y las personas provistas de salvoconducto.

7 h 00: El ayudante de campo de Allende, el Comandante de aviación Roberto Sánchez, es convocado en el Ministerio de Defensa. El Almirante Carvajal, del Alto Estado Mayor, le confía la misión de escoltar los restos mortales de Allende hasta Viña del Mar, una pequeña ciudad balneario del Pacífico, en la prolongación del puerto de Valparaíso. Un avión militar transportará el ataúd y a algunos miembros de su familia. El entierro se hará dentro de la más estricta intimidad en el cementerio de Santa Inés, situado en un montículo de la ciudad. Se eligió este lugar porque se encuentra alejado y, además, porque un sobrino de Allende, Eduardo Grove, posee un panteón familiar. Los Grove entraron en la historia de Chile en 1932, cuando el Coronel Marmaduke Grove, un tío de Eduardo, derrocó pacíficamente al Presidente del momento para intentar instaurar una «república socialista» algo utópica, que no duró más que doce días, pero que hizo bailar de alegría la imaginación de todas las formaciones de izquierda.

8 h 00: Hortensia Bussi, esposa de Salvador Allende, ignora todavía lo que le ha ocurrido a su esposo. Se refugia en casa del antiguo director del Banco Interamericano de Desarrollo, Felipe Herrera. Una llamada telefónica de una amiga que quiere darle el pesame hace que se entere, con toda crudeza, de que su marido ha muerto.

Eduardo Grove pasa por su casa para recogerla un poco más tarde y acompañarla al Hospital, confirmándole la noticia.

8 h 30: En el hospital militar, cerrado a cal y canto, el director le informa de que el féretro va camino del aeropuerto militar de Los Cerrillos.

9 h 15: En la pista de despegue, al lado de un viejo DC3 se encuentra Laura Allende, hermana del Presidente, diputada socialista, y otros dos Grove: Patricio y Jaime, el joven ahijado de Salvador Allende. Su padre, Eduardo, ha querido que asista al entierro de su padrino.

Hortensia Bussi –a la que todos llaman familiarmente con cariño *Tencha*– consigue telefonar a su hija Tati, porque el Comandante Sánchez sabe dónde se encuentra. Tati, destrozada de dolor, le dice que, casada con un cubano y sin salvoconducto, sería una presa fácil de los militares, si sale.

Miércoles 12 de septiembre, Viña del Mar

10 h 00: Acompañado tan solo de su cuñado y de sus sobrinos, la viuda de Salvador Allende hace el viaje hasta Viña del Mar en condiciones muy precarias. A uno y otro lado del féretro, situado en el centro del avión y cubierto con una manta ecuatoriana, se sentaron los familiares en unas banquetas metálicas, aguantando el ruido de las hélices de los motores del avión.

10 h 45: En el aeropuerto militar de Quintero, Tencha intenta levantar la tapa del ataúd para comprobar si se trata realmente de su esposo, pero el Comandante Sánchez se lo impide con un gesto. «Nunca se me permitió ver el cuerpo», dirá más tarde.

El cementerio de Santa Inés está desierto, vigilado por la infantería de Marina, aunque hay algunos grupos de personas, curiosas, a la expectativa; entre ellas se encuentran Laura Allende y la Tencha.

La ceremonia es rápida, sin ningún tipo de homenaje ni discursos. En el momento en que bajan el ataúd, la viuda coge algunas flores de las tumbas colindantes y, arrojándolas como ofrenda, dice con voz potente:

«Que se sepa que aquí reposan los restos del Presidente constitucional de Chile.»